

Félix de Azúa

Relatos

Edición de Mario Crespo López

Prólogo de Félix de Azúa

CÁTEDRA
LETRAS HISPÁNICAS

Índice

UNAS PALABRAS (Félix de Azúa)	9
INTRODUCCIÓN	13
Aproximación biográfica	19
Poesía	38
Novela	47
Ensayo	68
Periodismo	79
Relatos	88
«Aquel año andaban todos enamorados de mí...» ...	92
«El ocaso de los dioses»	93
«Subían con sus ganados y sus tiendas como una nube de langostas»	95
«Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa»	97
«Quien se vio»	98
«La venganza de la verdad»	100
«Herédame»	102
«El trencadizo»	104
«La pasajera»	105
«La salvación de la soberbia»	107
«El largo viaje del mensajero»	109
«La segunda cicatriz»	111
«El padre de sus hijos»	112
«La verdad está arriba»	114

«Diabólico suceso acaecido en Cuenca»	114
«Una contienda»	115
«Para consolar a los viajeros»	116
«Lunares»	117
ESTA EDICIÓN	119
BIBLIOGRAFÍA	123
RELATOS	147
Aquel año andaban todos enamorados de mí...	149
El ocaso de los dioses	152
Subían con sus ganados y sus tiendas como una nube de langostas	157
Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa ...	163
Quien se vio	170
La venganza de la verdad	193
Herédame	206
El trencadizo	237
La pasajera	242
La salvación de la soberbia	254
El largo viaje del mensajero	265
La segunda cicatriz	277
El padre de sus hijos	286
La verdad está arriba	308
Diabólico suceso acaecido en Cuenca	315
Una contienda	318
Para consolar a los viajeros	324
Lunares	327

Unas palabras

Los grandes narradores de cuentos suelen darse entre aquellos escritores que gozan de una imaginación sintética. Pongamos Edgar Allan Poe. A partir de un objeto o un detalle (una botella de amontillado, una carta, un muro, un gorila) son capaces de ordenar un universo mínimo de máximo significado y coherencia. Decía otro de los más grandes, Antón Chéjov, que, si en el inicio de un cuento aparecía un clavo en el techo, el protagonista debía colgarse del mismo al llegar a la conclusión. Y el mayor de todos los cuentistas, Franz Kafka, era capaz de representar y juzgar el cosmos entero a partir de una cucaracha, un jinete, una puerta o una rata que canta.

Ésa es una de las grandes diferencias entre cuentistas y novelistas, pues estos últimos tienen una imaginación analítica y van añadiendo escenas una tras otra, cada una de las cuales se valdría por sí misma en manos de un cuentista (o un dramaturgo: casi todas las novelas de Dickens están compuestas por escenas teatrales consecutivas), pero en una novela carecen de sentido, sólo lo adquieren en tanto que partes de la totalidad. De ahí la similitud entre cine y novela y el fácil paso de uno a otra, cosa que no sucede con los cuentos. Sólo conozco una espléndida adaptación de cuento al cine, «Una historia inmortal», de Orson Welles, a partir del relato de Isak Dinesen, pero no llega a largometraje.

Si hubiera que hacer una transcripción al terreno de lo visual, podríamos decir sin apenas exageración que los cuentistas están del lado de los pintores de naturalezas muertas y los narradores, del lado de los paisajistas. En las naturalezas muertas realmente creativas, como las de Sánchez Cotán, no hay nada prescindible y todo se da en un tiempo simultáneo. En los paisajes, incluso en los muy buenos, siempre podemos eliminar algún elemento, un árbol, una planta, una nube, un conejo, sin menoscabo de la atmósfera sujeta al avatar temporal.

Una vez expuesta mi particular opinión sobre el género, añadiré, a manera de puerta o umbral de los míos, que yo no pertenezco a la exquisita estirpe de los cuentistas. Ni siquiera de los malos cuentistas, algunos de los cuales son muy buenos, como Ambrose Bierce. Me habría gustado ser un mal cuentista, pero mi cabeza no daba de sí como para inventar un universo a partir de algún detalle apenas perceptible. Eso era así porque en mis primeros años me había dedicado a la poesía y es muy difícil, si has pasado por la poesía, acceder luego a un género tan próximo y tan abismalmente distinto como el cuento.

El poema y el cuento están cerca el uno del otro por su concentración, su densidad. Y también porque esa extrema trabazón ha de ser ligera como el aire. En cambio, les separa un abismo, porque el poema jamás puede depender de la unión de los objetos entre sí. En el poema, las palabras no son referenciales: ni siquiera en los poemas de Francis Ponge el jabón es un jabón. El clavo de Chéjov está, desde luego, en la palabra «clavo», pero si en un poema aparece mencionado un clavo ha de ser como metáfora de la crucifixión, por ejemplo.

Y como yo me había habituado a usar las palabras al modo poético, de tal manera que jamás la palabra «nube» podía referirse a un fenómeno meteorológico sino que era una indicación o bien melancólica o bien exaltada del espíritu del poema, una coloración, una música, cuando me

esforzaba por escribir un cuento, inevitablemente, se me diluían los objetos, se esfumaban los útiles y los personajes se movían entre tinieblas, como los fantasmas de Henry James, pero sin su heroicidad. Creo que el lector lo notará muy pronto. Éstos son cuentos escritos por alguien habituado a las visiones de la poesía y no a la moralidad de la narración.

Expuesta, por tanto, mi excusa, descargo toda la culpa de esta edición en Mario Crespo, cuya perseverancia, laboriosidad y generosa amistad son las causas que han acabado por juntar el libro que ahora tiene el lector entre las manos y a quien sólo puedo pedirle benevolencia.

FÉLIX DE AZÚA

INTRODUCCION

«Novelista. Poeta. Crítico. ¿Qué es Félix de Azúa? Es mejor que no se lo preguntemos a él, porque se atribuirá como de costumbre algún calificativo irreverente, riéndose de sí mismo y de nuestra ingenuidad»¹. Estoy seguro de que Azúa leerá estas páginas, si acaso, con distanciada curiosidad y, espero, sin la solemnidad que aparentan: mejor hubiese sido pasar directamente a los relatos, que es de lo que aquí se trata, y no pretender encorsetar una fértil obra en proceso: afirma Andreu Jaume que Azúa

no se ha encerrado a complacerse con su mitología ni a prolongar gratuitamente un virtuosismo, sino que trabaja en una tradición abierta, disconforme, situando su imaginación al final de una era para tratar de ver algo todavía, esforzándose para que su pensamiento siga vivo².

Espero, pues, que esa misma disconformidad anime a los lectores de estas páginas, ya que será la mejor manera de acercarse a su obra y valorar su razón.

Azúa es sin duda uno de los escritores más interesantes de las últimas décadas. Considera Juan Antonio Tello que «su verbo satírico, su escritura ágil, sus corrosivas reflexiones estéticas y su gran facilidad para la parodia y la ironía le han colocado en primer plano de la actualidad cultural»³.

¹ Pittarello, 1993, 103.

² Jaume, 2014.

³ Tello, 2008a, 24-25.

Se ha prodigado en todos los géneros literarios: la poesía, la novela, el ensayo; y aun una de sus novelas fue llevada al teatro. Se trata de un escritor, además, presente de continuo en la prensa (colabora desde principios de los ochenta en *El País* y es muy activo en su blog *Boomeran(g)*; su bibliografía y webgrafía, extensísimas) y que en modo alguno se esconde a la hora de intervenir en foros, cursos y debates, especialmente los dedicados al arte y la estética. Se considera a sí mismo, de hecho, «un profesional de las artes», tanto en lo que denomina como «su vertiente dinámica» (escribe «historias más o menos ficticias») como en su vertiente estática (profesor de Filosofía del Arte)⁴. Poseedor de una espléndida biblioteca⁵ y (redundante es decirlo) un extraordinario bagaje cultural, es un escritor que, para Fernando Savater, se desvela como inteligente «sin complejos ni disimulos»⁶, justo en un tiempo en que parece que la inteligencia no es el bien máspreciado por el común. Pertenece, según Mainer, al sector de los «lúcidos que se refugian en la autoironía»⁷. En palabras de Tello,

Azúa es un observador profundo y directo de la realidad de nuestro tiempo que analiza la vinculación del hombre a través de un pasado significativo. La negación y el sarcasmo son las mejores armas para desenmascarar las falsedades y enfermedades de la sociedad⁸.

Azúa es un autor que encuentra en su tiempo motivos más que justificados para la crítica y la necesidad de respuestas. Para Savater, juega el escritor «con los elementos

⁴ Azúa, *Diccionario de las artes*, 1995, 11. En las notas al pie figuran más desarrolladas las referencias a monografías o artículos de Azúa.

⁵ Véase Azúa, «Palabras para una biblioteca», 2007, 227-242.

⁶ Savater, 1993, 13.

⁷ Mainer, 2005, 110.

⁸ Tello, 2008a, 17.

identificatorios de una cierta memoria común»⁹, de manera que, como veremos, existe un plano de lectura en su obra que puede y debe desenvolverse a la perfección entre un determinado contexto histórico y un patrimonio generacional compartido. Ha indicado Azúa, sobre ello:

Hemos sido atrapados por una convulsión revolucionaria que nació en 1950 y de la que aún apenas sabemos nada, aunque sin duda se trata de una mutación democrática espectacular. Somos prehistóricos de nuestra era, y, como tales, más bárbaros, salvajes y destructivos que nuestros antepasados¹⁰.

Nacido en la posguerra, perteneciente a la burguesía catalana, fervoroso comunista hasta Mayo del 68, asesor editorial, profesor universitario, desencantado y crítico con la «transición» y la democracia; son estas, obviamente, solo unas pocas circunstancias que se aproximan a su vida, pero que permiten engazarla con las de muchos de sus contemporáneos y, de paso, contribuyen decisivamente a formular la perspectiva crítica de su obra. «No hay en él arrellanamiento, no hay paz con su voz», afirma González Sainz¹¹. En esta tesitura, Azúa emerge en la historia literaria española de las últimas décadas como un intelectual prolífico y agudo, centrado además en aspectos absolutamente capitales desde el punto de vista antropológico, estético, ético o filosófico: el papel del individuo en la sociedad, el paradigmático cambio hacia la modernidad, el fin de las artes, el análisis de una democracia que no es que haga aguas, sino que desde siempre ha estado inundada de corrupciones e inasumibles herencias. Azúa enlaza además con la generación de los cincuenta, llena de importantes nombres pro-

⁹ Savater, 1993, 14.

¹⁰ Azúa, «A izquierda y derecha, o el año nuevo», *Ovejas negras*, 2007, 47.

¹¹ González Sainz, 1993, 98.